

¿QUÉ CONSTITUYE AL SER HUMANO COMO SER HUMANO?

Un intento de tomar parte en la búsqueda a una pregunta básica
del quehacer filosófico

Daniel Heredia González
Universidad de Sevilla

Resumen: Intentar hacer el ejercicio de concentrar las posibles respuestas a una pregunta tan fundamental es una tarea que se antoja imposible, y por esta misma razón ello no será aquello que pretenda abarcar en este breve *paper*. La meta será exponer algunas de aquellas de las posturas con las que estoy de acuerdo y en desacuerdo para, de esta forma, intentar aclarar un poco mis convicciones personales.

Palabras clave: singularidad, darwinismo, conciencia, computabilidad.

What constitutes the human being as a human being?

Abstract: Trying to do the exercise of concentrating the possible answers to such a fundamental question is a task that seems impossible, and for this very reason it will not be what I intend to cover in this brief paper. The goal will be to expose some of those positions that I agree with and disagree with, in order to try to clarify a bit my personal convictions.

Keywords: singularity, Darwinism, consciousness, computability.

Recibido: 27/09/2017 **Aprobado:** 5/11/2017

1. Gradualismo, azar y singularidad del ser humano

Cuestionar la singularidad del ser humano puede parecer una tarea vana, ya que admitir que no lo somos sería decir que nada nos distingue del resto de animales, algo que resulta evidente que no es de tal modo. Pero, ¿podemos afirmar con total seguridad tal *evidencia*? De hacerlo estaríamos inmersos en un terreno que no es propio del filosófico, en el cual es más conveniente y acertado hacer preguntas que intentar responder de manera contundente. Por supuesto que cada uno puede [y debe] tener su opinión al respecto y, de hecho, soy partidario de dejar la postura propia clara para no dar lugar a malentendidos y malinterpretaciones.

Mi posición se sitúa más del lado de aquellos que sí que defienden una particularidad del ser humano. No quiero con esto diferenciar de manera plena a nuestra especie de las demás que comparten con nosotros el planeta Tierra. Es un hecho que somos animales, pero intentar defender que en el fondo somos indistinguibles es lo que no me llega a convencer del todo.

La base de mi incredulidad reside (entre otras muchas cosas, por supuesto) en criterios biológicos, para los cuales me valgo de la magnífica aportación del Profesor Rodríguez Valls, quien se sitúa en desacuerdo con Darwin y sus seguidores en lo concerniente a considerar a ser humano y el resto de animales como indistinguibles; y en los estrictamente filosóficos (algo que no deja de estar presente en el anterior por supuesto), en el apartado que concierne a la conciencia.

¿Se puede considerar, entonces, al ser humano como el culmen de ese antepasado que compartimos con los simios, tal y como defiende (no en un sentido absoluto desde luego) el darwinismo? Aceptar este planteamiento significaría aceptar el gradualismo en la evolución de nuestra especie, y he de reconocer que esta parte de la exposición darwinista no casa demasiado bien con mis convicciones. ¿Qué tiene de problemático dicho gradualismo? Es un hecho suficientemente contrastado que la evolución de las especies que han habitado nuestro planeta ha respondido a un proceso lento, en el sentido de que para detectar los cambios experimentados en dichas especies para una mejor adaptación al medio se ha requerido una extensión de tiempo determinada. Este punto en concreto no lo pongo en duda. La parte con la que difieren mis argumentos tiene que ver con lo referente a que la naturaleza no da saltos (*Natura non facit saltus*), ya que, en mi opinión, si la naturaleza nos demuestra algo es que precisamente existen saltos en sus procesos. No estoy defendiendo que vivamos en un caos continuo, porque el sol sale cada día, mi aspecto no sufre cambios drásticos en períodos de tiempo extremadamente cortos, podemos hacer ciertas predicciones con una seguridad más que considerable, etc.; pero si intentamos hacer el ejercicio de encontrar la respuesta última a las causas y los efectos¹ de tales procesos encontramos problemas

1 He de reconocer que he meditado profundamente el incluir estos dos conceptos porque al hacerlo podría entrar en el debate de qué entendemos por «causa» y «efecto» y ello me apartaría demasiado de aquello que quiero desarrollar en este presente escrito. Por ello puede entenderse esta nota como un ruego para que se entiendan del modo más general, consiguiendo, de este modo, evitar mi recelo a usar dichos términos.

serios. En esa cadena de la evolución darwinista, que tan útil es para entender la naturaleza, quiéralo o no el biólogo británico, existen elementos que quedan sin conectar unos con otros, tal y como lo es el célebre «eslabón perdido» entre el ser humano y los simios:

En *El origen del hombre*, Darwin expone que el ser humano proviene de un antepasado común con el simio. Eso, acompañado de su gradualismo expreso, llevó a que el entendimiento popular formulara una imagen evolutiva en la que surgía lo humano desde formas simiescas. Se formuló una visión del «eslabón perdido», forma mitad humana y mitad primate, cuya búsqueda se planteó como reto de la paleontología humana (Rodríguez Valls, 2017: 52).

Que se conciba ese «eslabón perdido» puede dar lugar a dos tendencias: la de aquellos que buscarán sin cesar hasta dar con él, ya que no dudan de su existencia; y la de los que creen que ese eslabón no está tan claro que exista y se apoyan en un posible salto en la cadena. Pienso que mi postura ha quedado bastante clara y que casa más con la del segundo grupo, aunque si me piden explicaciones me temo que mis respuestas no serían del todo tajantes. Ser precavido es necesario en este tipo de debate, tal y como aconseja el Profesor Rodríguez Valls muy elocuentemente:

[Que la vida necesita de un tiempo considerable para producirse]² (...) no tiene que reforzar las tesis del gradualismo en las especies o suponer un apoyo para el argumento del azar. Incluso sometidas a una tendencia interna las cosas tardan su tiempo en aparecer, especialmente si va brotando la vida a

2 Añadido por mí, pero respondiendo al texto casi literalmente.

borbotones. (...) los hechos son los que son y las posibilidades son las posibilidades: ninguna de las dos hipótesis puede aprovecharse de esos datos para concebirse superior, porque el tiempo transcurrido da margen para que cualquiera de las dos pueda usarlo en su favor. En esos casos lo mejor es no usarlo en ningún sentido a no ser que se cuente con un aparato matemático suficientemente desarrollado como para probar que existe tiempo suficiente para el azar o tiempo suficiente para el ajuste fino de la evolución de la vida. De momento carecemos de esos instrumentos de cálculo (Rodríguez Valls, 2017: 54). Vemos que, si los partidarios del gradualismo están en lo cierto, o, por el contrario, lo están los del azar es, al fin y al cabo, un debate secundario, ya que en él se estaría entrando en un terreno, quizá, demasiado especulativo (¡incluso para la filosofía!). Un debate que sí que podría ser más fructífero filosóficamente sería aquel que planteé al inicio y que, por otro lado, no deja de estar relacionado con el anterior, como lo es la singularidad del ser humano. ¿Adónde situar el centro de la atención acerca de esta discusión? Yo lo ubicaría en la conciencia, tal y como lo presento en el punto que desarrollaré a continuación.

2. La conciencia como una respuesta plausible (aunque no definitiva)

Entender a la conciencia como esa línea que separa al ser humano del resto de animales no es —¡ni mucho menos!— una aportación original al debate que venimos tratando. Ya en la Grecia Clásica el problema y esta respuesta en concreto estaban planteados. Un ejemplo muy aclarador de ello lo aporta Platón en su relato del mito de Prometeo en la obra *Protágoras*, en

donde podemos ver una concepción del hombre como animal incompleto pero que gracias a un «algo más» (el fuego y las artes) logra ya no sólo sobrevivir sino prevalecer sobre el resto. Ese algo más fue el regalo que Prometeo hizo al hombre para compensar el error que su hermano Epimeteo en detrimento del ser humano:

Cuando se hizo al hombre partícipe de las cualidades divinas, fue el único de todos los animales, que, a causa del parentesco que le unía con el ser divino, se convenció de que existen dioses, les levantó altares y les dedicó estatuas. [...] Se veían miserablemente devorados por las bestias, siendo en todas partes mucho más débiles que ellas. Las artes que poseían eran un medio suficiente para alimentarse, pero muy insuficiente para defenderse de los animales, porque no tenían aún ningún conocimiento de la política, de la que el arte de la guerra es una parte. Creyeron que era indispensable reunirse para su mutua conservación, construyendo ciudades. Pero apenas estuvieron reunidos, se causaron los unos a los otros muchos males, porque aún no tenían ninguna idea de la política. Así es que se vieron precisados a separarse otra vez, y he aquí expuestos de nuevo al furor de las bestias. Júpiter, movido de compasión y temiendo también que la raza humana se viera exterminada, envió a Mercurio con orden de dar a los hombres pudor y justicia, a fin de que construyesen sus ciudades y estrechasen los lazos de una común amistad (Platón, 1871: 33-34).

En este mito se pone de manifiesto que esa cualidad que define al ser humano no está relacionada con lo estrictamente físico, sino que es algo que está más allá de ello. Pero no en un sentido absoluto obviamente, ya que su influencia en la vida física, ya no sólo en la suya propia sino también en la del

resto de animales³, es palmaria. Es decir, que la cualidad de la que puede hacer uso el ser humano gracias al regalo de Prometeo está relacionada con el intelecto, con un tipo de inteligencia que nuestra especie posee y que las demás no. Muy en el fondo (y con ello reconozco que estoy haciendo el ejercicio de *ajustar las imágenes que existen en el común popular para adecuarlas a mis propósitos especulativos*, como dice el Profesor Rodríguez Valls, 2017: 62) podemos entender que el debate acerca de la conciencia (es decir, de tener la capacidad de poder volver sobre sí mismo) estaba en su fase de gestación primaria, ya que la utilización del fuego, una herramienta que no pertenece *in situ* al ser humano sino que este lo aprovecha para su supervivencia, teniendo la astucia de cómo saber usarlo para tal fin; la capacidad de crear arte, ya no sólo en el sentido estético, sino también en el de *tecné*, del saber crear herramientas que sirven para hacer posible su supervivencia; y la actividad política, que ayuda a que la relación de unos con otros pueda ser posible una vez la especie se extendió tal y como lo hizo, alcanzando por ello un nivel de complejidad considerable, son tres cualidades que no podrían darse nunca si el ser humano no tiene intelecto y conciencia de sí mismo y de los demás.

Ahora haré ese «ejercicio de ajuste para con mis propósitos especulativos» del que hablé más arriba. ¿En qué sentido? En el cual traslado el debate de la conciencia desde una perspectiva primaria a una de las más actuales, que no

3 Es innegable que la acción de nuestra especie tiene una repercusión sin parangón con respecto a la del resto de las especies que comparten este planeta con nosotros. Sólo hay que ver el impacto que tienen las ciudades —y todo lo que estas conllevan (industrias, automóviles...)

es otro que el referido al que sostienen partidarios de la IA y sus detractores. Concretamente voy a centrarme en la perspectiva de Roger Penrose (brevemente dicho sea de paso, ya que el trabajo del intelectual británico es indudablemente rico en materia de debate), que se sitúa contrario a los partidarios de una IA *fuerte*.

¿Qué nos dice la IA fuerte? A grandes rasgos, su defensa principal es la de tener la esperanza de que las máquinas⁴ acabarán obteniendo las mismas capacidades que tenemos los humanos⁵, y no sólo eso, sino que las posibilidades de que las superen son igual o mayores. No pocas veces he presenciado discusiones acerca de este debate en las cuales se les acusa a aquellos que dedican su tiempo a esta difícil empresa de estar manteniendo una discusión que en el fondo no deja de ser mera ficción. Pero, ¿realmente es así? ¿Está obsoleto el volver a poner encima de la mesa si las máquinas podrán algún día igualar —o/y superar— nuestras capacidades? Si pensara que la respuesta es afirmativa no habría decidido enfocar mi actividad investigadora hacia este terreno, suponiendo una pérdida de tiempo más que considerable. Por supuesto que no es un debate que se haya visto desbordado y ni muchísimo

4 El concepto «máquina» puede llegar a ser problemático (tal y como podemos ver en Arana, 2015: 63-65) y por ello añado esta nota para aclarar que utilizo este término en su forma más elemental, es decir, como aparato que sirve para facilitar [e incluso mejorar] tareas.

5 Las capacidades de las que se hablan mayormente [que no exclusivamente] tienen que ver con las intelectuales, ya que el avance en lo que se refiere a intentar simular el movimiento propio de los humanos, aunque se han conseguido importantes contribuciones, aún está lejos de alcanzar su perfección, si lo tenemos en cuenta con respecto al intelectual, para el cual se es mucho más optimista desde el bando de la IA.

menos se ha dicho todo acerca de ello. Yo defiendo que este debate es el mismo que plantearon los griegos acerca de qué es aquello que nos constituye como seres humanos y, como vemos, este es un debate que aún hoy en día está latente en las discusiones filosóficas.

De la perspectiva de Roger Penrose⁶ quiero destacar aquello que me convence, ya que aquello que no lo hace de forma satisfactoria lo reservo para un trabajo futuro que espero que se dé.

De la visión penroseana en este asunto, encuentro conveniente destacar la crítica que realiza a la exposición de Alan Turing, sobre todo cuando se centra en el célebre *Test*, ya que Penrose considera que, aunque las máquinas puedan superar dicho test, no lo harán nunca *conscientemente*, sino de manera aparentemente consciente. Y el otro aspecto es la aceptación del teorema de Gödel por parte del autor de *Las sombras de la mente* como apoyo a su argumento en contra de la IA *fuerte*. Este segundo argumento es, en mi opinión, aún más aclarador y menos especulativo que el primero.

Cuando Penrose acepta y adapta su propio punto de vista con el teorema de Gödel está dando con un asunto verdaderamente importante como lo es la reflexión, volver sobre sí mismo, tener conciencia de sí mismo. El teorema de Gödel —muy a grandes rasgos— viene a decirnos que los sistemas formales no pueden explicarse a sí mismos, ya que si hacen ese ejercicio de reflexión no podrán explicar nada más allá de su propia estructura. Penrose utiliza (y vuelvo a repetir que en mi opinión lo hace de una manera acertada) que el

⁶ Como se sabe, su tesis sostiene que es imposible la computabilidad de la mente y la conciencia humana.

funcionamiento de las máquinas, el cual responde a procedimientos de la misma naturaleza que los sistemas formales (como son los algoritmos), se ve en la misma encrucijada en la que se encuentran dichos sistemas formales, como lo es el verse envuelto en un círculo vicioso lógico (dialelo). El círculo vicioso lógico explica perfectamente la incapacidad que tiene una máquina para poder crear algo nuevo a partir de lo que posee de serie, algo que no sucede, al ser humano. Si la conciencia humana es tan peculiar uno de los motivos principales, sin duda, es ese.

Penrose no defiende de forma tan general este punto de vista, sino que encuentra de forma más concreta aquello que hace a nuestra conciencia y nuestra mente únicas: el pensamiento matemático. Aquellos que se han sentado frente a un problema trigonométrico, o de matrices, o de geometría compleja y han mirado a su alrededor y en su interior, buscando una respuesta que no llegó jamás podrían rebatir el argumento del intelectual inglés, replicándole si ellos entonces no poseen una conciencia humana. A ello respondería Penrose que si se han visto en esa situación no existe motivo alguno (sobre todo porque roza —por no decir que lo toca de lleno— el absurdo) para dudar sobre la humanidad de su conciencia, sino del esfuerzo que han puesto, porque a todo ser humano le viene dada la capacidad de entender las matemáticas, incluso las más complejas. Mientras que una persona no docta en este campo, por muy alejada que se encuentre de él, puede llegar a entender conceptos y procedimientos matemáticos de los que antes no tenía noticia, ya haya transcurrido uno o veinte años (exagerando mucho) para que esto se dé; con una máquina, a la cual hemos programado con los mismos conocimientos que tenía esa persona (suponiendo que se puede llegar a reali-

zar tal tarea), no podrá jamás *salir* del atolladero de su formación inicial, ya que su actividad está basada en procedimientos mecánicos, algo que en el pensamiento matemático no se da⁷ de esa manera:

Hemos visto, por la exposición anterior, que el concepto de «verdad matemática incuestionable» de un matemático humano no puede alcanzarse mediante ningún conjunto de reglas mecánicas (humanamente) cognoscibles y completamente creíbles. Si estamos suponiendo que nuestro robot va a ser capaz de alcanzar (o superar) el nivel de la capacidad matemática que un ser humano es en principio capaz de conseguir, entonces su concepto de verdad matemática incuestionable deber ser también algo que no pueda alcanzarse mediante ningún conjunto de reglas mecánicas que pueda percibirse en principio como válido —percibirse como válido, es decir, por un matemático humano o, para el caso, ¡por nuestro robot matemático! (Penrose, 2012: 174). Aunque reconozco que los argumentos que sigue dando Penrose a favor de la singularidad del pensamiento matemático como algo que pertenece exclusivamente al ser humano tienen en mí a un defensor en la misma línea, intentar seguir con el punto que he estado intentando desarrollar en esta parte puede provocar (y con razón) que mi exposición sea susceptible de ser calificada como reduccionista (en este caso situar en el pensamiento matemático la singularidad de nuestra especie con respecto a las demás). Pero no es eso lo que trato de defender. Si bien es cierto que ello nos caracteriza innegablemente, no es lo único que lo hace. Mi postura queda bien aclarada, o al menos eso he pretendido, en el título de este segundo apartado: aquello que

⁷ Pudiéndose exceptuar algunos tipos de cálculo.

Daniel Heredia

facilita que seamos conscientes [que tengamos conciencia de nosotros mismos, de nuestra propia conciencia] es aquello que define la singularidad de nuestra especie. ¿Sigue siendo reduccionista mi respuesta? Indudablemente, el caso es que aún no he encontrado los motivos suficientes para abandonarla. Si bien es cierto que esta es una puerta que está cerrada, las llaves aun las guardo en mi bolsillo.

Bibliografía empleada

J. Arana, *La conciencia inexplicada: Ensayo sobre los límites de la comprensión naturalista de la mente*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2015.

—, *Los sótanos del universo: La determinación natural y sus mecanismos ocultos*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2012

C. Darwin, *The Descent of Man, and Selection in Relation to Sex* (1874), New Jersey, Princeton University Press, 1981.

R. Herce Fernández, *De la física a la mente: El proyecto filosófico de Roger Penrose*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2014.

R. Penrose, *La nueva mente del emperador*, trad. por José Javier García Sanz, México D.F., Fondo de Cultura Económica, 1996.

—, *Las sombras de la mente*, trad. por José Javier García Sanz, Barcelona, Crítica, 2012.

—, *The road to reality: A Complete Guide to the Laws of the Universe*, London, Jonathan Cape, 2004.

F. Rodríguez Valls, *Orígenes del hombre: La singularidad del ser humano*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2017.

Platón, *Obras completas*, trad. por Patricio de Azcárate, Madrid, Medina y Navarro, Editores, Tomo II, 1871.

Daniel Heredia González
dani_hergon@hotmail.com